

Cruzada Española En Vietnam

Mártires Annamitas¹

Francisco Gainza, O.P., y Fidel Villarroel, O.P.

Cuando Tu-Duc fulminó su primer edicto de aniquilamiento de la religión cristiana, el suelo de Annam ya estaba suficientemente regado con la sangre de sus propios mártires. El catolicismo había ya tomado, por así decirlo, carta de ciudadanía en medio de un inmenso mundo pagano que le rodeaba.

Al penetrar el cristianismo en la península indochina encontró en el país una forma de religión, que, aunque no claramente definible, puede describirse bajo sus tres grandes corrientes religiosas: la primera, fundada sobre la doctrina del gran filósofo chino Confucio —era practicada por la aristocracia del reino, por los mandarines, los altos funcionarios públicos y los literatos—. Con el Confucianismo estaba el Budismo, importado de la India, el cual fue echando cada vez más hondas raíces, hasta llegar a ser hoy la religión de la mayoría de los vietnamitas. En tercer lugar existía la “idolatría pura, tenida por la religión del vulgo”². En todo caso, los actos de culto más comunes y connaturales a los annamitas eran aquellos con los que veneraban a los antepasados, a los que se erigían altares y hacían ofrendas.

Después de algunos intentos de evangelización por los jesuitas portugueses, a principios del siglo XVII, y de los franciscanos españoles a fin de ese siglo, entran en Annam, en 1627, a invitación del Rey Vinh-Tho, los PP. Alejandro

¹ Sobre la historia de las misiones en Vietnam hasta 1858, sobre todo en Tonkín, véanse PABLO FERNÁNDEZ, O. P.: *Dominicos donde nace el sol*, Barcelona, 1958, pp. 237-252; 319-332; 437-454; ALBERTO GUGLIELMOTTI, O. P.: *Memorias de las Misiones católicas en el Tonkín* (traducción de Manuel Amado, O. P.), Madrid, 1846; M. RIVAS *op. cit.*, pp. 179-246; FRUCTUOSO DE ZÚÑIGA, O.P.: *Breve relación de los viajes, trabajos y martirio de los venerables PP. y siervos de Dios Jacinto Castañeda y Vicente Liem de la Paz*, MS., APSR, vol. 149; MARCOS GISPERT, O. P.: *Historia de las misiones dominicanas en Tungkin*, Avila, 1927.

² A. GUGLIELMOTTI : *op. cit.*, pp. 25-26.

de Rhodes y Antón Márquez, jesuitas también, pero de la provincia francesa. Aunque las conversiones conseguidas por ellos fueron relativamente pocas, sus esfuerzos dieron como resultado la creación de dos Vicariatos Apostólicos en 1659: uno, en Tonkín, para el que fue nombrado Vicario Apostólico el Ilmo. Sr. Francisco Pallú, Obispo Titular de Heliópolis, y otro, en Cochinchina, cuya administración fue confiada al Ilmo. Sr. Pedro de la Motte-Lambert. Ambos preladados pertenecían a la Congregación de las Misiones “Ad Exteros”, de París. El Sr. Pallú, después de una abnegada y fructífera labor de apostolado, creyó conveniente solicitar de Roma, y de hecho obtuvo, la subdivisión del Vicariato del Tonkín en dos: uno llamado Occidental y otro Oriental, divididos por el Río Song-Cai (Rio Rojo). El Oriental, que es el que más nos va a ocupar, abarcaba toda la zona comprendida entre dicho río, la frontera de China y el golfo de Tonkín.

Fue en este Vicariato Oriental donde en 1676, a instancias de los dos Vicarios Apostólicos, entran ocultamente por la ruta de Batavia-Yakarta, misioneros españoles, los dominicos Fr. Juan de Santa Cruz, quien antes había administrado la misión de los chinos del “Parián”, de Manila, y Fr. Juan de Arjona, profesor de la Universidad de Santo Tomás, de la misma ciudad. Ambos eran miembros de la Provincia Dominicana del Santísimo Rosario de Filipinas.

Con su llegada se inaugura una misión que habría de producir glorias inmarcesibles a la Iglesia y grandes beneficios al pueblo annamita. Al principio se les adjudicaron algunos distritos de las actuales provincias de Nam-Dinh, Hung-Yen y Bac-Ninh, donde existían ya algunas cristiandades. Pero pronto se les confió todo el Vicariato Oriental. En 1698 ya tenían los dominicos su primer Vicario Apostólico, el Ilmo. Sr. Raimundo Lezoli, y una comunidad cristiana de 18.000 fieles.

A partir de este período comienza una serie de pruebas y tribulaciones para la misión, que habría de tener más de una vez desenlaces sangrientos. Un decreto real, a principios del siglo XVIII, que disponía la demolición de las iglesias cristianas y la conducción de los sacerdotes a la corte, obligó a los misioneros españoles a huir a des poblados³. Por otro decreto de 1712, mandaba el rey An-Voung a los gobernadores y mandarines que procediesen a destruir inmediatamente las iglesias, quemar públicamente las cruces, imágenes, vasos y ornamentos sagrados y a conducir, sin pérdida de tiempo, a todos los misioneros a la capital del reino. Los cristianos deberían renunciar a sus creencias y adorar a los ídolos⁴.

Esta y otras persecuciones culminaron en la de 1737, en la que fueron presos los PP. Francisco Gil de Federich y Mateo Alonso Liciniana. Ambos, después de prolongados interrogatorios y sufrimientos en la cárcel, bajo el peso de los grillos

³ P. FERNÁNDEZ *op. cit.*, p. 243

⁴ *Ibidem.*

y de las cadenas, fueron decapitados por la fe en 22 de enero de 1745⁵. Veintiocho años mas tarde, el 7 de noviembre de 1773, eran también ejecutados, defendiendo su fe, otros dos sacerdotes dominicos: el español Jacinto Castañeda y el annamita Vicente Liem de la Paz⁶.

Durante los últimos años del siglo XVIII y todo el reinado de Gia-Long, la Iglesia gozó de relativa paz e hizo extraordinarios progresos. Pero a la muerte de Gia-Long sube al trono Minh-Manh, enemigo acérrimo del cristianismo, y se propone borrar todo vestigio de la religión cristiana en su imperio. Por una serie de decretos imperiales, entre 1832 y 1840, Minh-Manh obligaba a los cristianos a abandonar su fe, haciéndoles pisar la cruz en prueba de su renuncia. Todas las iglesias y casas religiosas estaban destinadas a ser demolidas, los sacerdotes eran condenados a muerte, se cerraban todos los puertos del país a los europeos, y los barcos extranjeros debían ser sometidos a rígido examen. Cualquier sacerdote católico que fuese hallado debía ser conducido inmediatamente a la capital.

La persecución de Minh-Manh produjo un elevado número de mártires, tanto en Cochinchina como en Tonkín. Entre los Padres Franceses de la Misión “Ad Exteros” de París fueron ejecutados: en 1833, el P. Gagalin ; en 1835, el P. Merchand; en 1837, el P. Cornay, y en 1838, los PP. De la Motte, Bacard y otros. Entre los españoles de Tonkín sufrieron también glorioso martirio, después de indecibles tormentos, los Obispos dominicos Ignacio Delgado (12 de julio de 1838) y Domingo Henares (25 de junio del mismo año) y el P. José Fernández, seguidos de un grupo de dominicos annamitas, algunos sacerdotes del clero secular y numerosos cristianos⁷.

Trieu-Tri, sucesor de Minh-Manh, también dio pruebas de odio hacia el cristianismo. Aunque falto de la energía, determinación y espíritu intolerante de su padre, intentó al menos poner en práctica los edictos de éste. Pero, atemorizado por los buques de guerra franceses, que en 1845 se presentaron en la rada de Turón exigiendo, con amenazas, la libertad de los cristianos presos y la atenuación de su política religiosa, Trieu-Tri no llevó la persecución hasta el último extremo. Con su muerte, en 1847, entra en escena su hijo segundo, Tu-Duc, cuyo reinado constituye la era de los mártires cristianos de Annam.

⁵ VICENTE DE SALAZAR : *Relación del martirio de los Venerables Padres y siervos de Dios Francisco Gil de Federich y Mateo Alonso Liciniana*, MS., APSR., vol. 36.

⁶ F. ZÚÑIGA: *MS. cit.*, fols. 57-71. “Las nuevas de la inmolación de estos mártires levantaron una oleada de entusiasmo en Manila, donde todas las clases sociales y autoridades eclesiásticas y civiles rivalizaron en celebrar tan fausto acontecimiento con solemnes fiestas, y Su Santidad Pío VI, en una alocución dirigida al Colegio de Cardenades el 13 de noviembre de 1775, hizo memoria del triunfo glorioso de los mártires. También concedió, en recordación del suceso, la púrpura cardenalicia al Maestro General de la Orden Dominicana, Revdmo. Juan Tomás de Boxadors” “P. FERNÁNDEZ: *op. cit.*, p. 321). Los cuatro mártires mencionados en el texto fueron solemnemente beatificados por su Santidad Pío X el 15 de abril de 1906 (ASS, 40, 1907, pp. 203-211).

⁷ A. GUGLIELMOTI: *op. cit.*, pp. 117-200; P. FERNÁNDEZ: *op. cit.*, p. 439.

Tu-Duc, como hemos visto, era temeroso de los poderes sobrenaturales, pero no se amilanaba, como su antecesor, ante amenazas de nadie, más bien por la ignorancia que tenía de las potencias occidentales. La presencia de los barcos franceses en sus costas le hizo llegar a sospechar que los misioneros católicos de su reino operaban como espías de alguna nación extranjera. Sus primeros decretos contra el catolicismo fueron explícitos, pero faltó decisión en los mandarines para llevarlos a la práctica. Estos se dejaban sobornar fácilmente. En 1848, poco después de tomar el cetro, Tu-Duc publicó un edicto en el que ofrecía un premio de 300 onzas de plata al que entregara un misionero europeo. Los españoles pudieron evadir las pesquisas de los mandarines, y sólo un sacerdote dominico annamita fue apresado, falleciendo en la cárcel en mayo del siguiente año. En un segundo edicto, motivado al parecer por algunas victorias del revolucionario Phung-Minh, el emperador acusa a los cristianos de conspiración y ordena que todos los sacerdotes europeos sean arrojados al mar o a los ríos, y que los sacerdotes nativos sean desterrados. En esta persecución fueron martirizados dos misioneros franceses del Vicariato del Tonkín Occidental: los PP. Agustín Schoeffler, el 1 de mayo de 1851, y Juan Luis Bonnard, el mismo día del año siguiente. A estos ensayos de persecución siguieron las calamidades públicas de las que hicimos mención anteriormente. No faltaron, aún entre los infieles, quienes atribuyeron dichos males a un castigo del cielo por el mal trato dado a los cristianos. Tu-Duc mismo lo creyó y, compungido y humillado, trató de hacer reparación y desagravio con el conocido “Manifiesto”.

Por fortuna, las misiones españolas del Tonkín gozaron en todo este tiempo de relativa calma, y esta tranquilidad fue aprovechada por los misioneros para reforzar sus filas y organizar sus cristiandades. El aumento de conversiones había hecho necesaria la división del Vicariato en dos, y ésta fue efectuada por Breve de Pío IX del 5 de septiembre de 1848. Los dos nuevos Vicariatos se denominaron Central y Oriental y estaban separados de los Vicariatos franceses (Occidental y Meridional) por el Río Song-Cai (véase Mapa 1).

Nos concretaremos aquí a las misiones españolas. El Vicariato Oriental comprendía las provincias de Hai-Duong, Quang-Yen, Bac-Ninh, Tuyen-Quang, Thai-Nguyen, Lang-Son y Cao-Bang, con una población de diez millones de no cristianos, y cuarenta y cinco mil cristianos. El Vicariato Central abarcaba las dos terceras partes de la provincia de Nam-Dinh, al este del río Song-Cai, y toda la de Hung-Yen. Con la misma fecha del Breve Pontificio eran nombrados los Vicarios Apostólicos y Coadjutores que tomarían a su cargo el cuidado pastoral de ambas misiones en tan borrascoso e inseguro período. Al Ilmo. Sr. Jerónimo Hermosilla se le nombraba Vicario Apostólico del Vicariato Oriental, dándosele por Coadjutor al Ilmo. Sr. Hilario Alcázar. El Vicariato Central era confiado al Ilmo. Sr. Domingo Martí, asignándole como Coadjutor el Ilmo. Sr. José María Díaz Sanjurjo. Al morir Mons. Martí en

1852, le sucedió en la sede el Ilmo. Sr. Díaz Sanjurjo, y en 1855 la Santa Sede le facultó para elegir un Coadjutor. Elegido el R. P. Melchor García Sampedro, éste recibió la consagración episcopal el 16 de septiembre de 1855⁸.

He aquí el estado personal de los Dominicos españoles que misionaban en Tonkín en el período 1854-1858⁹:

VICARIATO ORIENTAL.

Obispos:

Ilmo. Sr. Jerónimo Hermosilla, Vicario Apostólico (consagrado el 25 de abril de 1841).

Ilmo. Sr. Hilario Alcázar, Coadjutor (consagrado el 8 de abril de 1849).

Sacerdotes:

R. P. Salvador Massó.

R. P. Domingo Muñoz.

R. P. Gaspar Fernández.

R. P. Pedro Almató.

R. P. José Fernández Checa.

R. P. Antonio Cornejo.

R. P. Valentín Berrio-Ochoa (consagrado obispo en 1858).

R. P. José Carrera.

R. P. Antonio Colomer.

VICARIATO CENTRAL.

Obispos:

Ilmo. Sr. José María Díaz Sanjurjo, Vicario Apostólico (consagrado el 8 de abril de 1849).

Ilmo. Sr. Melchor García Sampedro, Coadjutor (consagrado el 16 de septiembre de 1855).

Sacerdotes:

R. P. Juan Vicente Achurra.

R. P. Manuel Riaño.

⁸ Anónimo, "Breve reseña del método que se observa en las Misiones del Tonkín dirigidas por los Padres Dominicos", pp. I-III, en *Resumen Histórico de las Misiones de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas de la Orden de Predicadores*, Manila, 1864, sección "Misiones de Tonkín." (Esta obra se citará en adelante con la sigla RH). P. Fernández, *op. cit.* p. 445.

⁹ Aunque la lista que en el texto damos es completa, los misioneros no estuvieron siempre asignados al Vicariato que en la lista se les asigna.

R. P. Manuel Estévez.

R. P. Manuel Díaz.

R. P. José Salgot.

Este plantel de abnegados y valientes misioneros, la mayoría de ellos en plena juventud y pertenecientes todos a la provincia dominicana del Santísimo Rosario de Filipinas, estaban destinados a probar su espíritu apostólico en la persecución, algunos a beber el cáliz del martirio, y a ser, muy a pesar suyo, el motivo de una guerra. Desde 1850 hasta 1857, estos obispos y religiosos dedicaron todos sus esfuerzos a levantar las cristiandades de Tonkín y forjarlas para los temidos días de tribulación.

Sobre el progreso de las misiones católicas de Tonkín desde 1852 hasta el año de la intervención franco-española, poseemos cuatro extensas relaciones del Ilmo. Sr. Díaz Sanjurjo¹⁰, las que naturalmente se ocupan especialmente de su Vicariato central. En medio de una población de cerca de cuatro millones de paganos en este Vicariato, los católicos sumaban 147.000 en 1852. La marcha de las conversiones era lenta —dice el venerable Prelado— debido “a la apatía e indiferencia de la gente”, por una doble razón: “El calor tropical, favorable a la vegetación deprime los espíritus, relaja y enerva las potencias, de suerte que sólo la novedad o la rareza excita en ellos sensaciones vigorosas y les llama la atención, hasta que, perdido ya el carácter por la frecuencia, vuelven a su natural dejadez. Por otra parte —añade—, viendo los idólatras los continuos vejámenes y exacciones que a pretexto de la religión se hacen a los cristianos, y la poca libertad y mucha falta de recursos que en estas provincias tenemos para hacer con algún esplendor las solemnidades del culto católico, por más que se sientan movidos a abrazarla los detiene el temor mundano de perder o sufrir mucho detrimento en sus haciendas y dejar sus festejos idolátricos.”¹¹ “Si abriésemos hacia ellos las manos con una liberalidad que nuestras facultades no alcanzan a extender..., tendríamos neófitos a millares, pero estas conversiones no durarían más que los socorros.”

A pesar de la lentitud de las conversiones, las cristiandades vivían una intensa vida religiosa, conscientemente apostólica y extraordinariamente activa. Los períodos de calma eran aprovechados para fomentar entre los cristianos y neófitos la enseñanza de la religión católica “con instrucciones y reglamentos de orden y distribuyendo entre ellos considerable número de libros en caracteres vulgares, impresos a expensas del Común de la Misión, auxiliada con las limosnas de esa grandiosa y nunca bien recomendada Obra de la Propagación de la Fe”. “Los pueblos cristianos rivalizaban en levantar iglesias o reformar las ya construidas”, y

¹⁰ Estas cuatro relaciones del Ilmo. Sr. Sanjurjo, junto con otras dos del Ilmo. Sr. Sampedro y P. Salvador Massó están publicadas en RH, 1-6.

¹¹ J. SANJURJO, *Relación-1852*, 16 (RH), 1).

viendo que muchas —añade Mons. Díaz— no tenían ara desde la persecución pasada les consagré en tres días consecutivos más de 130, que pronto se repartieron entre las cristiandades necesitadas.”¹²

Las misiones dominicanas tenían, además de sus seminarios para el clero secular y para la Orden dominicana, varios colegios de latinidad, de moral y de caracteres chinos, asociaciones de catequistas de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, la Orden Tercera de Santo Domingo, las Amantes de la Cruz y hasta una cofradía de monaguillos, que prestaban variados y excelentes servicios a los misioneros. Aparte del elevado número de sacramentos que se administraban anualmente, vamos a subrayar aquí, como prueba del celoso apostolado laico llevado a cabo con la cooperación de todas las asociaciones de los Vicariatos, la del bautismo de los niños, hijos de infieles, que se hallaban en peligro de muerte. La operación de la búsqueda y bautismo de estos niños ofrecía enormes dificultades por la oposición tanto oficial como de los mismos padres. Pero este grupo organizado de cristianos terciarios, beatas, catequistas, médicos, parteras y monaguillos “andaban siempre —dice Sanjurjo— en acecho, para saber dónde se halla algún chiquillo enfermo en los pueblos de los infieles. Los hay que viajan en busca de ellos meses enteros, corriendo de pueblo en pueblo, al modo que los pordioseros andan de puerta en puerta para sacar alguna limosna. Los hay que, no contentos con viajar por esta provincia, salen a las limítrofes, aunque sea a muchas leguas de distancia de sus casas.”¹³ Veamos ahora los resultados : en 1852 fueron bautizados 21.319 niños en peligro de muerte; en 1854, 27.893; en 1855, 35.349; en 1857, 32.229. Cuando la persecución llegó a su máximo furor durante la ofensiva francoespañola, este pacífico ejército de cristianos anamitas y su clero fueron al blanco de las iras de Tu-Duc.

Como indicador de la organización y actividad misional de uno de los Vicariatos —el Central— añadimos ahora las estadísticas pertenecientes al año 1854, suministradas por su Vicario Apostólico, Mons. Díaz Sanjurjo¹⁴:

A) ESTADO PERSONAL

De la Misión del Vicariato del Tonkín Central, 1854

Vicario Apostólica: Ilmo y Rvdmo. Sr. D. Fr. José María Sanjurjo, Obispo Titular de Platea, dominico español.

¹² J. SANJURJO, *Relación-1854*, pp. 4-5 (RH, 2).

¹³ *Ibid.*, p. 18.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 21-24. No tenemos a mano estadísticas sobre el Vicariato Oriental, ni de los otros vicariatos administrados por los misioneros franceses.

Vicario Provincial: M. R. P. Melchor García Sampedro, dominico español (en 1855, consagrado Obispo Coadjutor de Mons. Díaz Sanjurjo).

Misioneros dominicos españoles	5
Misioneros dominicos annamitas	17
Misioneros presbíteros seculares annamitas	19
Ordenados de Menores	3
Tonsurados	7
Catequistas de Primera Clase	16
Catequistas de Segunda Clase	51
Catequistas de Tercera Clase	102
Estudiantes de caracteres chinos, latinidad y moral.	573
Hermanos legos para el servicio domestic ^o de los misioneros	141
Beaterios de la Tercera Orden de Santo Domingo	20
Beaterios de las Amatrices de la Cruz	3
Religiosas de dichos beaterios	567
Distritos de Misioneros	31
Cristiandades	573
Población católica	150.505
Población infiel.....	3.849.495

B) SACRAMENTOS ADMINISTRADOS

Bautismos de párvulos, hijos de cristianos	5.084
Bautismos de parvulos, hijos de infieles, <i>in articulo mortis</i>	22.803
Bautismo de adultos	438
Confesiones	130.018
Comuniones.....	118.885
Extremaunciones.....	2.270
Matrimonios.....	1.341

Toda esta obra magnífica de apostolado iba muy pronto a tambalearse desde sus cimientos. La primera amenaza seria contra las misiones católicas fue un decreto de Tu-Duc, en 1854, aprobando un proyecto de ley de su consejo de ministros, en el cual se dictaban diferentes sentencias contra la religión de Cristo “venida de Occidente, que se vale de la Cruz y de las palabras de Jesús para embaucar los corazones : esta religión —decía— inventa medios de hablar de un santo Paraíso celestial para fascinar a los oyentes ; y de todas las religiones falsas, ésta es la más nociva a los usos y costumbres”, porque “contiene muchas cosas falsas, sagaces y misteriosas. Ya se vale del infierno y de la gloria para asustar a los tontos ; ya de dinero y riquezas para asustar a los pobres ; y así son muchos los que la siguen y

la creen en extremo, siguiéndose el gravísimo daño de que abandonen el culto de los espíritus tutelares y de los progenitores”.

Las decisiones eran tajantes : “Al europeo ministro principal de la religión que sea cogido se le cortará la cabeza y se pondrá en sitio público tres días ; después se echará al río. A los catequistas de europeos y a los ministros indígenas se les cortará a todos la cabeza, sin perdonar a nadie. Los catequistas de indígenas seran marcados con un letrero ignominioso en la frente y desterrados a los fuertes lejanos de la costa.” A los delatores de europeos se les premiará con 300 onzas de plata. El que descubra a un catequista de europeo, o un misionero de este reino, recibirá 100 onzas de plata. Las casas y los templos de los misioneros “que se las quemem y arruinen ; si tienen depósitos de arroz y víveres, que los repartan y consuman al momento, las tapias y cercas que sean demolidas, y los fosos y cavernas se terraplenarán, arrasándolo todo, hasta las chozas y garitas donde tenían sus centinelas. Se prohíbe a hombres y mujeres el reunirse a rezar y oír predicar.” Finalmente se establecen diferentes castigos para los mandarines y prefectos de provincias y alcaldes que sean remisos en aplicar la ley. Los ministros concluyen que “ni es demasiado riguroso este proyecto, ni tampoco demasiado flojo y condescendiente”. El Emperador Tu-Duc dio su *inghi-Kanm-Thu*, o real aprobación de 16 de septiembre de 1854¹⁵.

Es cierto que la persecución no dio en un principio los terribles resultados que eran de temer. Pero las pesquisas, los asaltos a los pueblos cristianos, los robos en sus casas y las exacciones pecuniarias exigidas de ellos para evitar ser acusados, les tenían en un continuo estado de sobresalto y terror. En 1855, unos buques franceses llegan a la costa con objeto de atemorizar a Tu-Duc y exigirle la cesación de las vejaciones contra los súbditos de Francia. Antes de partir, el Plenipotenciario francés, Mr. de Montigny, amenaza a Tu-Duc con la venganza del poderío de Napoleón si la persecución continúa. Tal actitud no hizo sino añadir aceite al fuego del furor del annamita. El año siguiente, 1856, el P. José Tru, sacerdote dominico, es decapitado, y su muerte fue seguida de una serie de arrestos y ejecuciones.

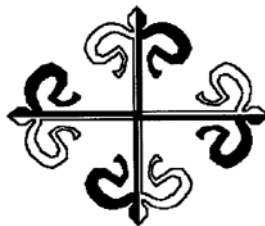
A principios de 1857 volvió Montigny a las playas de Annam y —son palabras del misionero Padre Manuel Estévez, en carta del 5 de julio”le dejó una carta escrita al Rey, en que le decía que, si mientras volvía a representar a Napoleón perseguía en manera alguna la religión, después se las pagaría todas juntas¹⁶. Nada se consiguió con esta bravata. El 21 de mayo del mismo año cae en manos de los esbirros imperiales el Vicario Apostólico Mons. José María Díaz Sanjurjo, el cual, después de esperar dos meses en la cárcel de Nam Dinh la confirmación de la sentencia de muerte, fue martirizado el 20 de julio de 1857.

¹⁵ Versión española de este Decreto de Tu-Duc, en J. Sanjurjo, *Relación-1854*, pp. 25-48 (RH., 2).

¹⁶ Carta de Estévez a Gaínza (Tonkín), 5 julio 1857 (AUST, Legajos 58).

La prisión del Ilmo. Sr. Sanjurjo fue la chispa que encendió el conflicto internacional. Si Tu-Duc hubiese previsto las trascendentales consecuencias que aquella ejecución llevaría consigo, sin duda hubiese preferido deportar al ilustre obispo español. Varias veces, en ocasiones semejantes, los buques franceses habían intervenido con éxito para obtener la libertad de sus compatriotas de las cárceles de Annam. Esta vez, sin precedentes en la historia de las misiones dominicanas del Tonkín, los misioneros españoles dan el paso arriesgado de solicitar la intervención de Francia y España para conseguir la libertad del preso. Para ellos Mons. Díaz Sanjurjo era “la cabeza, el Pastor, la columna sobre la que estribaba la misión”, dejando su muerte “una impresión y dolor inexplicable entre cristianos y misioneros”, dice en la misma carta el P. Estévez : “máxime, estando convencidos que uno de sus dotes intelectuales, morales y físicas no es fácil que los Prelados puedan mandárnosle en las presentes circunstancias¹⁷.”

No pedían para su obispo más de lo que anteriormente habían conseguido los franceses respecto de sus misioneros. Muy lejos estaban ellos de convidar a una guerra. Pero esta vez, por circunstancias que se dilucidarán más adelante, su apelación en favor del Prelado iba a traer gravísimas consecuencias. Francia y España se levantaron a una, proclamando principios de derecho internacional y exigiendo satisfacción por el denominado “asesinato jurídico” del Sr. Sanjurjo y de anteriores misioneros. La rapidez con que actuaron, los pretextos políticos y religiosos que movieron a ambas naciones para declarar la guerra, los móviles de Francia y España en este conflicto armado, la justificada o injustificada conducta de los misioneros y el desarrollo de la “Campaña de Cochinchina” son la materia que relatará y discutirá el P. Gaínza en su obra. Pero antes de dejarle la palabra, será necesario presentar en escena a las dos potencias intervencionistas.



¹⁷ Ibidem.